

Cada vez puede ser otra

Tiempos de Escuela, en **1976**, lo recuerdo trabajando en el proyecto de título, en el Instituto de Arte. Casona antigua, varias gradas de acceso al primer nivel, entrada ancha y grande. El taller de titulación estaba en el segundo piso, al que se accedía por una escalera de madera de las que anuncian la llegada con sus crujidos. Horario: mañanas completas y tardes.

Mi profesor guía era Alberto Cruz. Aparecía siempre a distintas horas, sin tiempo, con su infaltable cuaderno lleno de dibujos que retocaba con los pinceles y colores que tenía sobre el tablero, mientras se conversaba de avances y correcciones.

Así como Alberto redibujaba su cuaderno, intervenía mi trabajo con uno o varios de sus trazos. Las imágenes siempre llamaban otras imágenes, haciendo del diseño algo que abría posibilidades: un campo de relaciones entre grafías y textos, la construcción del blanco de la página.

Estas impresiones generales me hicieron recordar con mayor nitidez una clase que nos dio Godo en la sala de Diseño Gráfico, un espacio alargado en el segundo piso de la casa de calle Matta, cuando estábamos en segundo año. El taller se armó con los tableros de cada uno, y por lo tanto había mucha diversidad. El suelo, hecho por el carpintero de la escuela, que tenía un pequeño taller en el patio de la sala Tronquoy, era de pino, y los asientos de tablas con listones para levantar los pies.

Godo solía realizar extensas lecturas que nosotros apuntábamos a modo de dictado, pero esa vez nos puso en una encrucijada inaudita: había que «escribir no escribiendo», con la condición de que además el texto quedara registrado.

El desafío se nos presentó primero en la interpretación del «no escribir». Asunto que

se vio reflejado en las actitudes y posturas que adoptábamos y en cómo nos las arreglábamos para relacionar el papel con el instrumento: pinceles, lápices, plumillas.

La sala parecía un derrame de esculturas humanas. Todos nos repartíamos en diferentes posiciones, inventando los modos de vérselas con la página o el pliego. Algunos tomaban una mayor distancia de la mano respecto a la hoja, añadiendo un palo de maqueta al pincel para alargar su trazo. Otros, recostados sobre el tablero con el papel en el suelo, se colgaban, sin soporte, como escribiendo en el aire.

Esta clase consistió en abrirle posibilidades al modo habitual de escribir y nos enseñó que en el campo de la gráfica, cada vez puede ser otra vez.

Ana María Ruz Abello